

EL LIBRE ALBEDRIO Y LA LIBERTAD SEGUN SAN AGUSTIN EN LAS NOVELAS EJEMPLARES

Sandra Hevia

La narrativa cervantina no deja de sorprendernos por la multiplicidad de temas que recoge. Uno de los más interesantes es el tratamiento del libre albedrío y, como consecuencia, la apropiación de la libertad personal con la ayuda de la gracia.

En *Las Novelas Ejemplares* el narrador no nos da una definición sobre tales conceptos, pero deja entrever en el mundo novelesco su preocupación por la libertad del hombre. Sus personajes, en más de alguna oportunidad, ponen en evidencia la conciencia de una libertad y una dignidad que radican en el alma, en consecuencia, les viene de Dios mismo. He aquí dos ejemplos:

“Estos señores bien pueden entregarte mi cuerpo, pero no mi alma, que es libre y nació libre, y ha de ser libre en tanto que yo quisiere.” (*La Gitanilla*, O.C. Aguilar, Madrid, 1964, p. 790).

Andrés pide a Preciosa que no vaya a Madrid, a esta petición ella contesta:

“—Eso no, señor galán —respondió Preciosa—; sepa que conmigo ha de andar siempre la libertad desenfadada, sin que la ahogue ni turbe la pesadumbre de los celos; y entienda que no la tomaré tan demasiada que no se eche de ver desde bien lejos que llega mi honestidad a mi desenvoltura; y en el primer cargo en que quiero estaros es en el de la confianza que habéis de hacer de mí. Y mirad que los amantes que entran pidiendo celos, o son simples, o confiados” (*La Gitanilla*, p. 783).

En los ejemplos, el narrador presenta a Preciosa, como modelo de libertad en estado perfecto. Esta perfección lograda por medio de las virtudes liberadoras (lealtad, fidelidad, esperanza, veracidad, ejemplaridad y disponibilidad), arrancan de una concepción filosófica tradicional que preocupó a griegos y romanos, y se cristalizó con filósofos y

teólogos medievales. Esta última visión es la que nos interesa, en especial, la de San Agustín.

Para San Agustín “el libre albedrío fue concedido al hombre para que conquistara méritos, siendo bueno no por necesidad, sino por libre voluntad”, además, “es soporte de todo el orden moral, el principio esencial de un mundo de valores superiores, y, por consiguiente, un grande bien. Pero a la vez supone la facultad de elegir el mal, es decir, la facultad de caer, que es una imperfección de la voluntad humana” (2, p. 68). Esta imperfección proviene —según el santo— del primer pecado, causa de la pérdida de la libertad y de la iniciación de la tragedia humana. La *libertad* significa, “Aquel aspecto virginal y poderoso de la voluntad humana, salida de las manos del Creador con un saludable equilibrio de sus fuerzas, exenta de todo peso íntimo hacia lo inferior” (2, p. 69). El hombre gozaba del *posse non peccare* o de la facultad de no pecar, pero con la primera desobediencia perdió los dones con que fuera creado y en la voluntad quedó la tendencia hacia la maldad, que ha ido en aumento por la abundancia de pecados. Esta libertad malograda por la culpa, dificulta la elevación a Dios y recibe el nombre de *liberum arbitrium*. Sin embargo, con la primitiva caída, la naturaleza humana no queda totalmente corrompida, “quedan intactos los bienes-raíces de la naturaleza y algunos rasgos divinos; el amor a la verdad, a la eternidad, a la felicidad, hilos misteriosos con que Dios mantiene cierta unión con las criaturas alejadas de El por la culpa para atraerlas a sí cuando le plaza” (2, p. 69).

El libre albedrío se caracteriza por cierta inclinación que tiene sobre él, la concupiscencia, el interés material y el temor servil; a pesar de ello, vive la presencia de Dios, esto es, la capacidad de arrepentirse para establecer nuevas relaciones con la divinidad, llamada *liberatum arbitrium*. Así obtiene el hombre el estado de la libertad: “nadie puede ser libre del dominio del pecado si el Hijo no lo liberta” (2, p. 69).

El buen uso del libre albedrío es premiado con la eternidad, y su polo opuesto es la infelicidad perpetua. Hay, pues, dos estados posibles de inmortalidad que definen el destino humano: “una bienaventurada y otra condenada a tormentos eternos y, sobre todo, a una desesperada privación en que consistirá su máxima pena” (2, p. 70).

La voluntad libre se logra a través de la acción de la gracia y la intervención de un libertador. La gracia eleva la naturaleza a un estado de excelencias similar al estado del hombre inocente. La gracia “es el conjunto múltiple y complejo de socorros divinos, que, amortiguando nuestras pasiones, esclareciendo nuestro entendimiento y moviendo nuestra voluntad, nos impulsan a querer eficazmente el bien, y nos ayudan a practicarlo con tal perfección que, semejantes por adopción

al Hijo de Dios, mereceremos también verle cara a cara en su reino con el Padre y el Espíritu Santo” (2, p. 153). Si están ausentes los socorros divinos no se puede obrar bien; el libre albedrío puede hacer algo, pero con imperfección. Sólo la ayuda divina permite un buen obrar con mayor facilidad. San Agustín nos dice al respecto: “Dios concedió la gracia a los hombres para que con su ayuda cumplan más fácilmente lo que se manda a su albedrío” (2, p. 154).

La intervención divina no restringe la libertad personal del hombre, al contrario, la refuerza. Para armonizar libertad y gracia, San Agustín se basa en las palabras *condecorator legi dei*, de San Pablo, dando origen a la teoría de la *delectatio caelestis*. Excluye en el dinamismo de la voluntad, dos motivos inferiores: el temor servil y el interés (2, p. 154).

La delectación celeste derrota al interés y al temor de esclavo, y eleva la dinámica de la voluntad. Este proceso se identifica con la *caritas* que es amor de Dios por gusto y voluntad. La acción de Dios no es violenta, al contrario, suaviza el cambio de la voluntad y la dirige hacia el bien. San Agustín habla de la “inefable suavidad con que Dios infunde la gracia en el corazón del hombre” (2, pp. 154-155). Dios, a través de la fe “imprime en el alma un conocimiento que trae consigo una nueva afición y amor, y este amor acendra el deleite, refina el goce de modo que se crea en cierto modo una sensibilidad y órgano muy delicado para no sentir como una opresión la acción divina sobre el hombre” (2, pp. 154-155). De este modo el santo soluciona el problema del libre albedrío y la gracia divina.

Nos queda por ver cómo el mundo novelesco recoge los conceptos agustinianos de la libertad y el libre albedrío. Se distinguen dos realidades diferentes en las Novelas Ejemplares, que se oponen y atraen a la vez¹.

Un mundo ‘ideal’ que comprende: *La Gitanilla*, *El amante Liberal*, *La fuerza de la sangre*, *La señora Cornelia*, *La española inglesa* y *La ilustre fregona*. Este microcosmos se caracteriza por responder a personajes modelos, la mayoría casi perfectos, que luchan por superar la materia para alcanzar la máxima espiritualización.

Un mundo “real” conformado por: *Rinconete y Cortadillo*, *El licenciado vidriera*, *El celoso extremeño*, *El casamiento engañoso* y *Coloquio de los perros*, reúnen personajes de “carne y hueso” que sucumben bajo las pasiones o se encuentran en constante búsqueda.

Entre las novelas idealizantes destacan *La Gitanilla*, la primera de la

¹Para esta división me he basado en el estudio de Casaldueiro, quien propone la división a partir de los elementos polares en que se sustenta el mundo novelesco cervantino. (Consúltese ficha en Bibliografía).

colección, con un modelo acabado. El relato nos presenta a una muchacha libre y honesta, con una sabiduría que a todos admira; a través de su baile muestra a todo el mundo su condición extraordinaria.

De origen noble, aunque desconocido, está dotada de virtudes liberadoras que transmiten esa nobleza, de tal modo que, un alma tan noble como la de ella, puede advertirlas, y a través de ella redimir su vida, así como lo hace don Juan de Cárcamo.

Don Juan es un pretendiente que aspira a ser el esposo de la gitana. Conseguir la meta propuesta requiere aceptar no sólo las costumbres gitanas, sino también la personal posición de la muchacha ante el noviazgo. ¿Qué podemos decir del libre albedrío de Andrés? (su nombre como gitano):

1. Va dirigido a obtener el máximo Bien, encarnado en Preciosa.
2. La fuerza motora que impulsa a Andrés a obtener la meta, el amor.
3. Andrés necesita superar sus defectos para conseguir la meta.

Como ya sabemos, no hay hombres perfectos; con el pecado original la voluntad humana se hace imperfecta, si partimos de esa base, comprenderemos los sacrificios que se requieren para obtener el estado de libertad. Andrés anhela poseer el modelo y para ello necesita inevitablemente la ayuda de la gracia, esa "inefable suavidad" de que nos habla San Agustín. Además lleva implícito los rasgos divinos, éstos son: el amor a la verdad, a la eternidad y a la felicidad. También estos rasgos están en la vital Preciosa. Una cita textual nos ilustra la situación.

"Dio prisa a su partida, por llegar presto a ver a sus hijos, y dentro de veinte días ya estaba en Murcia, con cuya llegada se renovaron los gustos, se hicieron las bodas, se contaron las vidas, y los poetas de la ciudad, que hay algunos, y muy buenos, tomaron a cargo celebrar el extraño caso, juntamente con la sin igual belleza de la gitanilla. De tal manera escribió el famoso licenciado Pozo, que en sus versos durará la fama de la Preciosa mientras los siglos duraren" (*La Gitanilla*, p. 805).

Andrés ayudado por la decisión de querer renacer se independiza de don Juan de Cárcamo y todo lo que él significa. En otras palabras, ejerce la libertad que, en el concepto de Rosales, "consiste en desarraigarnos de nuestras o, si se quiere, de nuestra circunstancia. Cervantes piensa que la vida social impide al hombre seguir su propia ley. Es necesario romper con ella. Sólo a partir de este desgarramiento de nuestro mundo —recuérdese el sentido religioso de esta actitud— realiza el hombre su verdadera libertad" (3, p. 308, T. II).

En *el amante liberal* encontramos una situación similar. Ricardo y Leonisa son los protagonistas que emprenden el camino hacia la liberación personal. Ambos enamorados deben dominar los obstáculos so-

ciales y pasionales que les impide la emancipación. Recordemos la actitud de Ricardo al iniciarse la historia y la de él mismo al final de ella; la siguiente cita nos muestra al nuevo ser:

“—Ves aquí ¡Oh Cornelio!, te entrego la prenda que tú debes estimar, sobre todas las cosas que son dignas de estimarse; ves aquí tú, hermosa Leonisa, te doy al que tú siempre has tenido, en la memoria; ésta sí quiero que se tenga por liberalidad, en cuya comparación dar la hacienda, la vida y la honra no es nada; recíbela, ¡oh venturoso mancebo!, recíbela, y si llega tu conocimiento a tanto que llegue a conocer valor tan grande, estímate por el más venturoso de la tierra: con ella te daré asimismo todo cuanto me tocara de parte en lo que a todos el Cielo nos ha dado, que bien creo que pasará de treinta mil escudos; de todo puedes gozar a tu sabor con libertad y quietud y descanso” (*El amante liberal*, p. 830).

De un personaje mortificado por los celos, el re-nacido Ricardo llega a la culminación de su esfuerzo: la preciada libertad conquistada con el total desprendimiento —desarraigo— de todo lo material; el espíritu logra desarraigarse de la materia para elevarse a Dios. Como en el caso anterior, es el amor, la fuerza guiadora. Este noble sentimiento se manifiesta de dos maneras: como posibilidad para la liberación personal, es decir, un deseo de transformación: Ricardo quiere crecer (recordemos que la decisión es vital para lograr su objetivo) y ser dueño de sí mismo. Como sentimiento amoroso dirigido a la hermosa Leonisa, prototipo de las virtudes. La justificación de la libertad (esto es, el hecho de sentirla como algo imprescindible, gozoso), “sólo se hace evidente con el amor y, por tanto, el que no ama a su prójimo, el que no sabe lo que quiere, llega no solamente a no desear la libertad, sino a considerarla incluso como un gravamen irresistible” (3, p. 129).

Y nuevamente los rasgos divinos son parte de la personalidad de Ricardo y Leonisa:

“Todos, en fin, quedaron contentos, libres y satisfechos, y la fama de Ricardo, saliendo de los términos de Sicilia, se extendió por todos los de Italia, y de otras muchas partes, debajo del nombre de Amante Liberal, y aún hasta hoy dura en los muchos hijos que tuvo Leonisa, que fue ejemplo raro de discreción, honestidad, recato y hermosura” (*El amante liberal*, p. 831).

Al noble sentimiento debemos agregar el amor a la verdad, a la felicidad y a la eternidad, pues sin ellos es imposible contar con Dios como el gran Libertador.

Los personajes de las novelas “idealista”, es decir, Preciosa y Andrés, Ricardo y Leonisa, Recaredo e Isabela, Rodolfo y Leocadia, Costanza y

Avendaño, Teodosia y Marco Antonio, reúnen características similares:

1. Buscan algo, generalmente, trascendente.
2. Van guiados por un sentimiento que siempre los acompaña: el amor.
3. Dirigen su libre albedrío a la liberación personal metafísica.
4. Deben superar obstáculos externos, con vistas a la lucha interior que se produce en cada uno.
5. Logrado el objetivo se hacen dueños de sí mismos, del modelo perfecto (personificado en el sexo femenino) y de la fama o la eternidad.

Por todas las características enunciadas, los personajes de las novelas "idealistas" vuelven a lo que San Agustín llama el estado de inocencia del hombre, es decir, que logran con ayuda de la gracia, liberarse de las pasiones. Obtienen así, el *posse non peccare*, la eternidad y la libertad en términos agustinianos. Por ello se explica que lleguen a ser modelos perfectos.

Para llegar al estado primigenio, los personajes han tenido que recorrer un camino de adversidades, desarraigarse de costumbres sociales, superar el peso de las pasiones para entregarse a una vida libre, gracias a la intervención divina. La decisión de querer renovarse es decisivo para regresar al estado anterior a la caída, esto es, el estado de inocencia.

Dios siempre acompaña a los modelos, porque llevan consigo los rasgos divinos. El libre albedrío y la libertad en este contexto responden a un modelo religioso; más específico aún, a una libertad cristiana, como la concibe San Agustín, a la que el pensamiento cervantino adhiere con eficacia.

En el mundo "real" las figuras novelescas plantean una situación diferente a la anterior; los objetivos ya no son trascendentes; los modelos, o mejor dicho, los antimodelos se ahogan en sus propios errores y muy pocos se salvan.

En *Rinconete y Cortadillo*, Rincón y Cortado bajan al submundo, a recorrer el hampa; el trayecto les muestra otra visión de la realidad con un rey a quien obedecer (Monipodio) y unas leyes que respetar. Les sorprende la fe de muchos ladrones y prostitutas que conscientes de sus pecados no pierden la esperanza de ser salvados. En esta peculiar historia qué podemos decir del libre albedrío de los muchachos:

1. No tienen un objetivo definido.
2. La gran fuerza liberadora no es guía espiritual de los muchachos.
3. La liberación personal o la búsqueda de algo trascendente no preocupa mayormente a los jóvenes.

En esta nuevo acontecer, responder categóricamente a la pregunta enunciada es imposible, por cuanto no hay un logro bien delimitado.

Rincón y Cortado han sido espectadores de una realidad que para ellos no es la definitiva:

“Consideraba lo que había leído en su libro de memoria y los ejercicios en que todos se ocupaban; finalmente exageraba cuán descuidada justicia había en aquella famosa ciudad de Sevilla, pues casi al descubierto vivía en ella gente tan perniciosa y tan contraria a la misma naturaleza, y propuso en sí de aconsejar a su compañero no durasen mucho en aquella vida tan perdida y tan mala, tan inquieta y tan libre y disoluta” (*Rinconte y Cortadillo*, p. 852)

Anteriormente los seres ficticios contaban con sus virtudes que siempre los sacaban airoso de los momentos difíciles, y en definitiva, la realidad era una: la perfección espiritual. En *Rinconete y Cortadillo* tenemos dos subrealidades: el mundo de los ladrones, personificado por Monipodio y su cofradía y la personal posición de los muchachos; cuál es la verdadera, sin duda, no es el reino degradado, pues ha sido rechazado por ser “gente perniciosa y tan contraria a la misma Naturaleza” (4, p. 852). Si es “gente contraria a la misma Naturaleza”, se deduce que es propio del hombre la búsqueda del bien; la caída significa la pérdida de la libertad, pero quedan en las criaturas alejadas de Dios ciertos hilos misteriosos que lo atraen hacia El (2, p. 69). Sin embargo, en esta gente degradada por las circunstancias de su vivir concreto, hay una apetencia al Bien y una conciencia de su miseria, los que están patentes en el cumplimiento de las leyes de este inframundo y en el consejo de Monipodio a los muchachos.

El Licenciado Vidriera deseoso de poseer el conocimiento es castigado al comer el fruto envenenado. Su pecado es también el de Adán y Eva, causantes de la pérdida de la inocencia. Vidriera siente en “carne propia” su error; en su nuevo estado, teme quebrarse por creerse de vidrio y vaga por el mundo, incapaz de asumirse, temeroso que la gente se le acerque y lo quiebre.

Curado de su enfermedad, vuelve a la normalidad, a la búsqueda de oportunidades, pues no se siente acabado para reanudar la lucha. Su libre albedrío va dirigido a conseguir la autenticidad individual y personal, y no es precisamente con la ayuda de la gracia o las virtudes liberadoras, es él consigo mismo, esto es, una posición racional y lógica.

La posición de Vidriera ante sí mismo y ante el mundo está exenta de la presencia divina, su aliada es la razón, por cuanto su querer va orientado a satisfacer necesidades personales a través del libre albe-

drío. En su estado de vidrio demuestra sabiduría, en su estado normal escoge viajar a Flandes,

“... donde la vida que había comenzado a eternizar por las letras la acabó de eternizar por las armas, en compañía de su buen amigo el capitán Valdivia, dejando fama en su muerte de prudente y valentísimo soldado” (*El Licenciado Vidriera*, p. 888)

A la configuración “idealista” de las anteriores novelas, oponemos a un hombre “sufrido”, incapaz de asumir una posición que convierte en una dolorosa experiencia.

En *El casamiento engañoso* y en *El celoso extremeño* se exagera el mal uso del libre albedrío. Ambos protagonistas sucumben, cegados por sus pasiones mezquinas. Se ha elegido el mal y esta elección recibe su castigo; al finalizar la historia, una advertencia del narrador:

“y yo quedé con el deseo de llegar al fin de este suceso, ejemplo y espejo de lo poco que hay que fiar de llaves, tornos y paredes cuando queda la voluntad libre, y de lo menos que hay que confiar de verdes y pocos años si les andan al oído exhortaciones de estas dueñas de monjil negro y tendido y tocas blancas y luengas” (*El celoso extremeño*, p. 919).

En este mundo corrompido la luz divina se anula, porque los intereses no son alcanzar nobles ideales, sino posesionarse del libre albedrío de otro. El viejo Carrizales prepara una verdadera cárcel para disponer de la voluntad de su joven esposa; ignora que nadie puede apropiarse de un ser humano como si fuera un objeto, desconoce que “el hombre es libre, constitutiva y originariamente...” (3, p. 18).

La última de las novelas, *El coloquio de los perros*, nos introduce en la maldad humana sin tapujos ni reservas; desligada totalmente de la mirada divina, enjuiciada por dos perros que se creen con derechos para criticar un submundo marginado, el diálogo recorre las miserias de una parte del orbe. Nada más opuesto que *La gitanilla* y este maravilloso relato; sin embargo, por ser opositores se atraen y complementan pues pertenecen a una sola y gran realidad.

¿Qué uso tiene el libre albedrío en este contexto?, desde luego, un mal uso, es un modo de obtener bajos intereses a cualquier precio. Las figuras del *Coloquio de los perros* desconocen que son libres por naturaleza, y esta ignorancia los conduce a cometer errores, además viven alejados de Dios, su peor pecado.

Finalmente, los personajes de las novelas “realistas” no cuentan con ayuda de la gracia. Manejan su libre albedrío de acuerdo con su conveniencia, sea buena o mala. Pero esta posición personal no es negativa, por cuanto reconocemos al hombre de “carne y hueso” ante

una variedad de alternativas por escoger. El objetivo no es ahora el supremo Bien, ni la perfección espiritual; eligen porque son libres para hacerlo; si se escoge el mal es responsabilidad de cada uno como individuo.

La “realidad” sugerida en estos relatos es más “real” porque a través de sus personajes, nos presenta al hombre de todos los tiempos en su eterna búsqueda por la autenticidad, por hacerse a sí mismo. El problema radica en qué elegir y lo único —al parecer— que garantiza la eterna felicidad es contar con la presencia divina, en otras palabras, decidirse por la libertad cristiana.

Porque las novelas son entrega de mundo, este orbe conforma microcosmos y subcosmos, por lo tanto el perfil psicológico de los personajes es variado y ambiguo. Y porque pertenecen a una “realidad”, cada uno es ejemplo de su propia elección, lo importante es que eligen, sean buenas o malas las consecuencias de esta decisión, por ello demuestran que son libres.

Hemos revisado los conceptos “libre albedrío” y “libertad” según San Agustín, y su uso lo hemos comprobado en *Las Novelas Ejemplares*. De esta observación deducimos lo siguiente:

Dentro de la concepción barroca que sustenta las novelas, aparece una visión filosófica tradicional que proviene de la tradición cristiana.

Nuestro escritor, a través de la colección, propone modelos de virtudes con la esperanza de ser imitados no sólo por sus contemporáneos, sino también como ejemplos sin tiempo ni espacio.

Si los relatos son universales por su contenido, es decir, el uso de las virtudes liberadoras, el deseo de alcanzar algo trascendente, la búsqueda de la liberación personal, debemos agregar a la universalidad, la presencia divina presente en la naturaleza humana. Nada más significativo que la ayuda de la gracia para obtener la preciada libertad y volver al estado primigenio.

Cervantes y San Agustín coinciden en la necesidad del hombre de ser libre con la intervención de la gracia. Además, proponen una elección positiva, es decir, escoger el Bien; encaminado el libre albedrío hacia el Bien, la gracia hace más fácil este camino. Conseguida la meta, el premio es la eterna felicidad.

Cervantes como escritor crea y concretiza el pensamiento agustiniano por medio de sus personajes ficticios; partiendo de una visión cristiano-filosófica, el narrador evidencia su preocupación: entretener, enseñar y ejemplificar en la ficción.

BIBLIOGRAFIA

FERRATER MORA, JOSÉ, *Diccionario de Filosofía*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1969.

SAN AGUSTÍN, *Obras de San Agustín*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1946.

ROSALES, LUIS, *Cervantes y la Libertad*, Sociedad de estudios y Publicaciones, 2 volms., 1960.

CERVANTES, MIGUEL DE, *Obras Completas*, Editorial Aguilar, Madrid, 1964.

CASALDUERO, JOAQUÍN, *Sentido y forma de Las Novelas Ejemplares*, Editorial Gredos, Madrid, 1974.